

EDITA EL COMERCIO, S.A. Redacción y Administración: Marqués de San Esteban, 2. 33206 Gijón.
Tfno.: 985 17 98 00. Apartado de Correos 113. Depósito Legal: AS-50-1958
Redacción: Oviedo: Ventura Rodríguez, 8, bajo. CP 33004. Tfno.: 985 23 40 38.
Avilés: Severo Ochoa, 23, bajo. 33401 Avilés. Tfno.: 985 52 00 56.



© EL COMERCIO, S.A. Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción, distribución y comunicación pública, total o parcial, de los contenidos de esta publicación, en cualquier forma o modalidad, incluida, expresamente, la mera reproducción y/o puesta a disposición de los mismos, como resúmenes o revistas de prensa con fines comerciales sin la previa, expresa y escrita autorización de EL COMERCIO, S. A.

NETO

Moción de censura



El gijonés que surca los mares con la heredera de la Corona

El guardiamarina Lucas Granda vivió con emoción la llegada a Gijón. «El sonido de las gaitas y el calor de la gente de mi ciudad es único»

JANA SUÁREZ

GIJÓN. Si su trayectoria de vida llevara un título sería «los sueños se cumplen, pero con esfuerzo», porque el gijonés Lucas Granda es ante todo «un guerrero», así lo define la que fue su entrenadora en la sección de piragüismo del Grupo de Cultura Covadonga, Almudena Ávila. «Desde joven tenía claro que su futuro estaría ligado a la mar. Es un orgullo ver lo mucho que ha trabajado para lograrlo. Estoy segura de que le espera un futuro muy prometedor», afirmaba Ávila.

Los padres de Lucas, Manuel Granda y Natalia Braña, acudieron como el resto de familiares a recibir a la tripulación del buque-escuela en el que navega con la heredera de la Corona y sus sonrisas lo decían todo.

«Ha sido muy emocionante. El sonido de las gaitas, el calor de nuestra gente. Casi seis meses sin ver a la familia y que la primera parada en España sea Gijón, es muy especial», contaba Granda. «Orgullo, mucho orgullo es lo que sentimos. Se lo ha currado y se lo merece», decían casi entre lágrimas los progenitores de un joven que regresaba, en una escala, a casa en el 'Juan Sebastián de Elcano', donde su hijo comparte formación



Lucas, con su padre, Manuel Granda, y su madre, Natalia Braña. E. C.

con Doña Leonor y otros 74 alumnos.

El joven estudió en La Asunción y en el Corazón de María y tras admirar año tras año los espectáculos del Festival Aéreo de Gijón, comenzó su formación en

«Es un chico muy trabajador al que le espera un horizonte sin límites. Llegará a lo que quiera», augura Simón Cortina

la Escuela Naval Militar en agosto de 2022. En el 'Juan Sebastián Elcano' cursa su tercer año de instrucción y su antiguo director en el Codema, Simón Cortina, le augura un horizonte «sin límites»: «Estoy seguro de que, de acuerdo a su vocación militar, pondrá cabeza y corazón en aquello que sea necesario y resulte beneficioso para ayudar a los demás, porque así ha demostrado siempre que era y es Lucas, un chico siempre dispuesto a ayudar». «Pienso —añade— que reúne las cualidades necesarias para ser un buen oficial de la Armada española».

«Buen compañero»

Preguntando entre sus compañeros guardiamarinas mientras desembarcaban en El Musel, Lucas ha sido definido a este periódico como «un buen compañero que sabe trabajar en equipo con los demás. Es perfeccionista. Le gusta el trabajo bien hecho y está muy orgulloso de sus raíces asturianas».

Y en opinión del presidente del Grupo Covadonga, Joaquín Miranda, «Lucas es precisamente un ejemplo de grupista». «Estamos muy orgullosos de todos, el Grupo impregna en ellos el perseguir sus sueños y sus metas y Lucas estoy seguro que servirá de referente para muchos jóvenes», añade. «Que vuelva al puerto en Gijón es una alegría para todos. Muchos fueron sus éxitos como palista de nuestra sección de piragüismo. Logró primeros puestos, medallas y sobre todo demostró tener un compañerismo y espíritu de esfuerzo inquebrantable y estoy seguro de que seguiremos escuchando grandes cosas de él», resaltaba.

A punto de culminar su travesía junto a la princesa de Asturias, Lucas Granda mira a la mar con esperanza y muchos proyectos.

A LA ÚLTIMA

La era de la comunicación

PÍO GARCÍA



En los veranos del pueblo, ya entrado septiembre, solía cruzarme por los caminos con matrimonios veteranos que iban paseando juntos, apurando los últimos domingos de calor. Era un espectáculo silencioso e inquietante. Él iba con la oreja pegada al transistor y ella miraba al infinito como si le hubiese caído la perpetua. No hablaban, no se miraban. De aquella radio iba saliendo un alboroto de penaltis en la Condomina, de goles en Riazor, de tarjetas rojas en San Mamés. El hombre no perdía rípi, pero tampoco sonreía ni echaba juramentos; asistía al carrusel con una seriedad imperturbable, como de notario obligado a revisar documentos. Yo me fijaba, sobre todo, en la mujer, que invariablemente, aunque el termómetro marcara cuarenta grados, caminaba con una rebequita doblada en el brazo. Era imposible saber en qué pensaban aquellas señoras impasibles, si acaso pensaban en algo. ¿Se sentirían en una cárcel? ¿Hubieran pagado por conocer la opinión de su marido sobre la cosecha de alfalfa? ¿Odiarían el fútbol, los transistores, a sus maridos? Iban camino arriba y luego, al llegar a algún punto no demasiado definido —un roble, una choza—, regresaban camino abajo. Algunos hombres conseguían mantener el transistor en meritorio equilibrio sobre el hombro.

El otro día, treinta años después, vi a unos jóvenes andar a buen paso por ese mismo camino. Llevaban puestos unos cascos imponentes; parecían Damas de Elche escapando medio en pelotas de algún museo. Pensé, quizá injustamente, que algo oscuro, casi atávico, ligaba a esos chavales con sus abuelos. No había rastro de penaltis en la Condomina, pero de los cascos escapaba un rumor de reguetón.